

HOMBRE EN PLENITUD

Si no fuera por el cuerpo
ya me habría despedido de la claridad.
Porque es por culpa de mi espalda enmarañada
que trabo conversación con la depiladora:
—Tanto móvil y tanta poesía nos mata,
y adónde va ese a escribir un libro —sentencia.

Debido a mi premolar deforme,
me muestra la dentista
un rostro liso y rosado,
suave, de otro sueño
al que se accede a través
de unas oposiciones de autoestima.

Es por la prosperidad capilar
por la que camino a mitad de mañana
en busca de barbero,
atrapando así una brisa
y un olor a café de alivios.

Si no fuera por el cuerpo
sería brujo de pasillos,
experto en la telaraña doméstica,

hombre sin palabras,
hombre sin deseo,
hombre en plenitud, finalmente.

QUEDARSE CON LO BUENO

En presencia de la mañana y el sol,
rememorar a la nube deprimida.

Del paseo por la avenida de tulipanes,
simpatía por la zanja y la Caterpillar.
Durante la tarde libre y dispuesta,
insultar a la soledad
que brinda oportunidades.

Demandar al ejercicio físico
por tanto sufrimiento gratuito,
quejarse en la playa
de la pasividad mineral.

Por un lunar inoportuno en la barbilla,
descartar a la mujer
buena y esbelta.

Sobre el lecho garantizado,
reprender a las paredes
porque sí.

Increpar a la vida risueña
por hablar tan bajo.
Exigir un amor instantáneo
y sin brega.

Última jornada en el hospital.
Rezongar al descubrir la solución tardía
y rogarle a la existencia
un día más de oxígeno,
prometer agradecimiento y comprensión,
esta tumba.